

LIBROS

R. J. Sender: mito o tabú

El caso de la novela española de hoy es bastante sintomático de la especial singladura de nuestras convicciones estéticas. Pienso que se está operando a impulsos muy mal controlados y arbitrariamente seguidos. Nuestra narrativa más reciente da bandazos ciegos, descubriendo unas veces zonas de luz bien definidas, sumiéndonos otras en la confusión desesperanzada. Hablaba Torrente Ballester hace unas semanas de que «la novelística española contemporánea no está tan desguarnecida como suele decirse. Algún día habrá que considerar —decía— el hecho, ya evidente, de que cada año se publiquen dos, tres, cuatro novelas estupendas, y sigamos diciendo por rutina que andamos a la cola» (1). Pero no me parece que el problema sea clasificatorio (de colas o cabezas), sino de inseguridades, excepciones y dispersiones. Y un ejemplo muy claro lo constituye la readaptación de los escritores del exilio al panorama de nuestras letras. Con ellos se ha venido a sumar a ese panorama una generación imprescindible para conocer y clarificar la continuidad de nuestra literatura en los últimos cincuenta años. Pero con ellos también se ha producido una situación confusa y confundidora: al desconocimiento más o menos total de todos ellos ha sucedido el falso conocimiento de los mismos; esa especie de aceptación implícita de sus obras por tales o cuales circunstancias, por tales o cuales títulos, que pueden ser indiscutibles, pero

que siguen siendo mito o tabú. Mito o tabú que comporta sus peligros, naturalmente. Amparándonos en esas obras clave, puede que nos sea muy difícil llegar a conocer el verdadero alcance de una continuidad más o menos problemática o fragmentada. El último libro de R. J. Sender aparecido entre nosotros (y quizá de los últimos de su producción, ya que está fechado en Rosario Beach, California, 1974), *Cronus y la señora con rabo* (2), puede aclarar lo que vengo diciendo.

Cronus... a fuer de sinceros, es una historia vulgar, un relato sin grandes pretensiones, que discurre entre la facilidad y la ambigüedad; una ambigüedad producida precisamente de la historia que se nos cuenta. Es bien sabido que la historia ha protagonizado los más significados acontecimientos de la escritura narrativa contemporánea, y que ha salido airosa de las más difíciles coyunturas a las que ha tenido que hacer frente. Ahora bien, no es motivo suficiente para que se soslaye, con el pretexto de la anécdota, uno de los más inalienables compromisos: el rigor de la escritura, su tratamiento, incluso a niveles experimentales, y la capacidad analítica y cuestionadora de la realidad.

Trazar una historia, como hace Sender aquí, en la que la fluidez narrativa (aunque se evidencia, como contrapartida, una cierta tosquedad en el lenguaje), los rasgos irónicos, la referencia más o menos explícita a unos determinados problemas, no es suficiente, si esta anécdota no nos lleva a ninguna parte, se muerde la cola y nos corta toda posibilidad de sugestión.

Tampoco los recursos de que se vale el novelista ayudan mucho: una anécdota bien simple (encuentro fortuito en un avión de Cronus y de esa mujer sorprendente e inesperada),

una reiteración temática, que llega a hacerse tediosa, y una esquematismo del lenguaje poco (o nada) brillante, nos conducen hasta la disolución del enredo, sin que la confluencia de todas esas vidas al final del viaje nos haga ir más allá. Quizá pretende Sender dejarnos en ese límite entre lo normal y lo extraordinario, para que nos perdamos también imaginativamente en él; pero si hubiese explotado más esa que parece ser la base sobre la que ha pensado el relato...

(Lo que puede salvar al hombre es la acción conjunta en todas sus formas [esencial, animal, vital, material, vegetal]. La supremacía de la lógica es un vicio peligroso del que nos vienen cosas como la ya famosa y universalmente conocida fórmula de Einstein:

$$E = M C^2$$

De ella depende la vida, no sólo de la especie humana, sino de toda la vida orgánica en el planeta.

En cambio, la vieja filosofía hindú se precave contra el «pensar sólo con la cabeza» [eso es locura para ellos], y evitan lo que de dogma y de falso arquetipo hay

en ella. Lo mismo piensan los indios americanos.)

...otras hubieran sido las conclusiones y otra —sin duda— la novela... Aunque, claro, no se trata de exigir al escritor otra novela, sino señalar cuál puede ser la esperanza del lector medio al seguir ilusionado las andanzas de estos dos pintorescos personajes, envueltos en una aventura pseudo-policíaca, en la que tiene mucho que ver la curiosidad intelectual de Cronus (un científico que acude a una convención internacional), y la posible sorpresa con la que se encuentra conforme avanza sobre su propio tiempo. Pero esto sólo ha sido someramente apuntado en la novela. Y la encrucijada entre lo lógico y lo incongruente, y la pretendida ficcionalización de una situación vulgar, que es la del comienzo, derivan en un conjunto algo forzado, postizo, exclusivamente literaturizado. Lo novelesco se reduce a las palabras (al relato en tercera persona desde la perspectiva única del narrador), a un espacio y un tiempo reducidos a un ámbito muy preciso en el que se hace imposible el análisis, y esos personajes, cuya

singularidad se esfuerza en presentarnos el escritor, a través de la ironía, en determinadas situaciones, se esquematizan hasta rozar el tópico; no son caracteres, sino figuras más o menos estereotipadas que ya sabemos desde el comienzo lo que pueden dar de sí.

Yo no sé hasta dónde es justa esta apreciación mía de la novela de Sender, un escritor que pocas sorpresas me ha deparado en las ocasiones en que he tenido oportunidad de leerlo.

Varias veces, a lo largo de la lectura de la novela y de la redacción de estas notas he pensado en la influencia de algún prejuicio inconsciente, pero he terminado por concluir que éstos y no otros pueden ser los resultados de una lectura medianamente crítica de Cronus y la señora con rabo. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

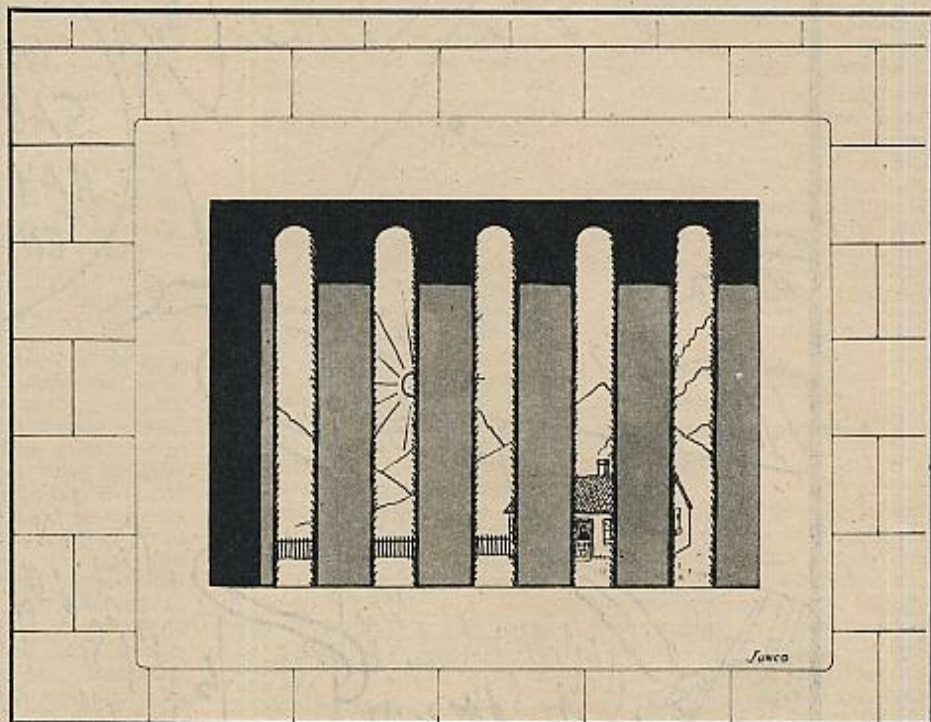
La lejanía de John Arden

Cuando uno lee *El burro del hospicio* y *El último adiós* de John Armstrong (1), lo pri-

(1) Cuadernos para el Diálogo, Madrid.

mero que detecta es la lejanía de ambos dramas. Lejanía en su sentido más radical respecto del teatro y de la sociedad españoles. Cabría, y así se intenta en los breves trabajos prologales, buscar este o aquel esporádico punto de apoyo —a veces, la simple frase de una personaje— de una interpretación política que nos resulte familiar. Pero me temo que el método es malo y que las dos obras de John Arden se inscriben en un discurso dramático y político que nos es ajeno. Mejor, pues, declarar esta lejanía, afrontarla como un hecho histórico y cultural inequívoco, en lugar de caer en la tradicional y falsa «unificación» del discurso teatral.

Si hago este comentario es precisamente para dar constancia de un dato significativo. John Arden fue considerado, a raíz de *El sargento Musgrave*, como uno de los más «internacionales» entre los nuevos autores ingleses. De clara afinidad brechtiana, crítico, con un humor amargo y vital, Arden parecía destinado a ser una especie de Beham más agudo que el malogrado —según se dice de los que mueren jó-



(1) Informaciones, Madrid, 27 de febrero de 1975.

(2) R. J. Sender: *Cronus y la señora con rabo*. Akal Editor. Colección Manifiesto. Madrid, 1975, 147 páginas.

venes— autor de *El rehén*. En ambos, la historia de su país era la fuente de los temas y de la forma de sus obras; las canciones se mezclaban a los parlamentos, se empleaba un lenguaje popular y jugoso, y se adivinaba una ironía muy particular sobre la sociedad inglesa. Algunos elementos del teatro de Shakespeare explicarían la existencia de una línea teatral no sólo muy superior a la de la comedia burguesa, sino incluso bastante más incitante que el documento de la decepción y de la ira.

Ahora, leyendo estas dos obras de Arden, llenas de fresca imaginativa, de soluciones dramáticas de sorprendente libertad, escritas con un lenguaje colorista y rico, y, sin embargo, de un sentido último inasible desde la perspectiva española, se confirma algo que hubiera aterrado aceptar a los críticos teatrales y literarios de años atrás: que el valor de una obra, su poética y su significado, se asientan en realidades a menudo muy concretas, hasta el punto, y éste sería el caso de Arden, de que quien es un primerísimo autor inglés, resulta un dramaturgo irrepresentado y difícil de entender en España.

Cierto —y podrían darse muchos ejemplos— que el arraigo no excluye la universalidad. Incluso cabría decir que las «grandes obras» son aquellas que han sabido ser profundamente fieles a sus circunstancias. Lo que nos colocaría en la disyuntiva de afirmar que Arden, por su lejanía, es un autor «localista», o, y esto me parece mucho más concreto y real, que se nos escapa por moverse dentro de un marco de referencias e influencias culturales que, por ajeno, nos falta a la hora de descubrir los significados últimos de su propuesta.

Lo definitivo es un buen baño a la vieja manera de entender la historia del teatro; el redescubrimiento —y quien aún no lo haya hecho está muerto— de la diversidad irreducti-

ble a unos cuantos patrones. ■ JOSE MON-LEON.

Epistolario de Ortega

En la colección *El Arquero* —en que la «Revista de Occidente» ha venido reuniendo en volúmenes económicos la obra completa de Ortega— aparecen ahora, bajo el título de «Epistolario», varias muestras de la correspondencia privada de nuestro pensador. Los destinatarios de esta correspondencia seleccionada, que se extiende desde 1904 hasta 1949, son Francisco Navarro Ledesma, Miguel de Unamuno, Joan Maragall, Ernst Robert Curtius y Victoria Ocampo.

El material epistolar reunido en este volumen —que ya se había publicado con anterioridad en revistas de Madrid, París y Buenos Aires— constituye un valioso testimonio biográfico de Ortega y, de seguro, interesará a sus todavía muy numerosos lectores en todo el orbe hispánico.

La compilación en volumen de esta muestra de la correspondencia privada de Ortega ha corrido a cargo de Paulino Garagorri, quien en una aguda nota preliminar delimita el problema que plantea la comprensión de la correspondencia privada de un hombre público, problema que no decrece aun en el caso de la correspondencia seleccionada de Ortega, dirigida a personas con clara significación pública. «La adecuada comprensión —escribe Garagorri— de algunos de estos textos requiere situarse en una especial expectativa. Cuando un autor escribe dirigiéndose al anónimo público, suele instalarse, para ser entendido, en los supuestos comunes en esa amplia sociedad. Supuestos y creencias que procuran la trama sobre la que la comunicación se hace posible. Pero el diálogo interindividual, sea éste oral o epistolar, se produce sobre una trama ide sobrentendidos y aun claves sumamente particulares, que



José Ortega y Gasset.

ha de ser tenida muy en cuenta para situar el alcance y la intención de lo manifestado».

En las cartas a Francisco Navarro Ledesma desde Alemania, podemos advertir un Ortega joven, profundamente preocupado por el porvenir moral e intelectual de España. Son cartas largas, apasionadas, honradas, en que espuma ideas que en años sucesivos habrá de difundir tenazmente en el ágora de la prensa nacional.

La selección epistolar con Maragall contiene una sola muestra, bien que muy valiosa y significativa. Es la respuesta a unas cuartillas que le envió Maragall a Ortega con ocasión de un artículo de éste sobre Zulueta: «Diputado por la cultura». En esta carta manifiesta Ortega una constante en su actitud hacia Cataluña: un rechazo del tradicional catalanismo («Yo no veo la fecundidad de las afirmaciones catalanas —lo confieso lealmente—»), al tiempo que una explícita voluntad de diálogo («... y por eso no puedo hacer más que lo que hago: ir hasta el Ebro, que está a mitad del camino y esperar a que ustedes, como ahora usted, desciendan a la otra orilla y nos pongamos al habla con íntimo deseo de comprendernos mutuamente. ¡Pobre Es-

paña, ya que no podemos vivir fuerte y creadoramente, vivamos comprensivamente!»).

El diálogo epistolar Ortega-Unamuno (bastante conocido del gran público) es altamente revelador del gran diálogo polémico que sobre el tema español mantuvieron nuestros dos máximos pensadores. Es un diálogo que se inicia en fecha temprana —en 1904— y que se prolongará fecundamente durante tres decenios. Ortega y Unamuno pretenden un despertar del alma española, aunque desde perspectivas bien diferentes. Pero esto no enturbia su larga amistad e incluso los aúna en un común empeño de renovación de España. Y así, en una carta de noviembre de 1914, Ortega le escribe a Unamuno: «Mi estado de perpetua polémica con usted me da en este asunto (se refiere a una campaña de prensa) una gran libertad de movimientos. De un modo u otro venceremos. Luego seguiremos nuestra polémica».

La correspondencia entre Ortega y el romanista alemán Ernest Robert Curtius es un modelo de comunicación intelectual. En esta correspondencia Ortega le adelanta a Curtius sus más fecundos hallazgos

sobre cuestiones de radical importancia en el terreno de la filología y la lingüística, que posteriormente encontraron acomodo teórico en «El hombre y la gente».

La parte más íntima de la selección epistolar del volumen que comentamos, es la correspondencia entre Ortega y Victoria Ocampo, a quienes unió una profunda amistad con ribetes de sentimentalismo. La amistad, surgida en los primeros viajes que Ortega hizo a la Argentina, alcanza en su correspondencia momentos de singular confesión, como cuando Ortega escribe a Victoria desde Buenos Aires en octubre de 1941: «Cuando las bases de nuestra vida se han roto o están gravemente enfermas, no es posible contar lo que nos pasa ni al mejor amigo, porque no puede, sin más, entenderlo. Sería, sobre lo que sufrimos, falsificar nuestro sufrimiento y traicionarlo. No, hay que callar, aguantar y sumergirse en un rincón. Cada vida es intransferible y, por lo mismo, inefable». Como acertadamente señala Paulino Garagorri en el prólogo de esta compilación epistolar, «en verdad la publicación de la correspondencia privada significa una violación de (la) intimidad, pero es uso aceptado que el hombre público padezca esa servidumbre. ■ PEDRO FERNAUD.

Lingüística, semiótica y crítica literaria

Basta echar una ojeada a los catálogos de las editoriales o fijarse en las secciones de novedades de las librerías para darse cuenta del fenómeno: me refiero al auge de las publicaciones relacionadas con temas lingüísticos. Después de un gran vacío en este terreno (1) —los nombres de Jakobson, Bloomfield y Hjelmslev,

(1) Con la notabilísima excepción de la Biblioteca Románica Hispánica, de Gredos, que tan inteligentemente dirige Dámaso Alonso.

apenas si eran conocidos hace unos años más que de los especialistas—, las editoriales del país han iniciado una auténtica y eficaz campaña de «puesta al día». Hoy, no sólo nos es dado, por ejemplo, profundizar en los fundamentos de la gramática transformacional, sino que podemos seguir de cerca la polémica abierta en torno a algunas de las teorías chomskianas: la de la existencia de estructuras profundas (2), la que trata de presentar la lengua como un «sistema bien definido» (3). Este «aggiornamento» no afecta sólo a los estudios a nivel universitario, sino que deja sentir sus efectos en las bases mismas de la enseñanza de la lengua. Si examinamos un simple manual de lengua española de EGB, constataremos que donde hace unos años se hablaba groseramente de «palabras», hoy se distingue con mayor sutileza entre monemas, morfemas, lexemas, etc., según el aspecto considerado.

Este singular desarrollo, aquí y ahora, del interés por los temas lingüísticos, no es, por otro lado, sino un fiel reflejo —salvando el retraso que apuntamos y que era necesario superar— de lo que está ocurriendo fuera de nuestras fronteras. Hoy no existe prácticamente ningún campo de la ciencia donde no encuentren aplicación —y esto hay que agradecerse o imputárselo sobre todo al estructuralismo—, métodos o, por lo menos, términos extraídos de la lingüística, aunque ésta a su vez haya tomado préstamos de las matemáticas, de la teoría de la información, etcétera. El estudio del lenguaje se ha convertido así en una especie de puente entre dos grandes grupos de disciplinas, las humanísticas y las científicas,

(2) *Semántica y sintaxis en la lingüística transformacional*. Compilación de Víctor Sánchez de Zavaleta. Alianza Universidad.

(3) C. F. Hockett: *El estado actual de la lingüística*. Akal. Traducción de Luque Durán y Roberto Mayoral.